

Don Juan Tenorio

José Zorrilla

Edición de M.^a Teresa Mateu



ÍNDICE

9 **Introducción**

- 9 Lo que pesa la fama
- 10 Don Juan Tenorio: el veneno del teatro
- 10 El desafío y el juego
- 12 Y aún más difícil
- 13 El tiempo se serena
- 14 La expulsión del paraíso
- 15 La muerte es un viaje de ida y vuelta
- 17 Don Juan Tenorio entre la tradición y la innovación
- 20 Composición del drama
- 21 La estructura
- 22 Otros personajes
- 23 Lenguaje y versificación
- 25 Otros donjuanes
- 26 Don Juan en el siglo XXI, un mito que se apaga
- 28 Esta edición

29 Don Juan Tenorio

31 Parte Primera

31 Acto primero

70 Acto segundo

97 Acto tercero

117 Acto cuarto

147 Parte Segunda

147 Acto primero

173 Acto segundo

190 Acto tercero

201 Después de la lectura

201 Otra cita con don Juan

INTRODUCCIÓN

Lo que pesa la fama

José Zorrilla nació en Valladolid en 1817 y murió en Madrid en 1893. Una de las características destacadas del Romanticismo es la pasión, que, generalmente, se une a la juventud. Casi todos los autores románticos —no solo literatos, sino también músicos— suelen morir a temprana edad; unos, por causas naturales —la medicina y la higiene estaban muy atrasadas— y otros, porque no aguantando las limitaciones de sus vidas, decidían suicidarse; como le sucedió a Larra.

Precisamente sería en el entierro de Larra, en 1837, donde se daría a conocer el aprendiz de poeta, quien, demacrado por el hambre y con una delgada voz de plata, recitó unos versos solemnes que impresionaron a los asistentes.

La fama le sonrió tempranamente a Zorrilla, pero no la suerte: tuvo que escaparse de casa y desobedecer a un padre tiránico que, ni a la hora de morir, fue capaz de perdonar la conducta del hijo.

Se casó dos veces y se equivocó las dos. Tuvo amores y amoríos, como le pasaría al personaje que mejor creó: don Juan Tenorio.

Viajó por diversos países, entre ellos México, y cuando volvió a España se le hicieron homenajes, pero siempre vivió pobre.

Murió tras una operación de un tumor en la cabeza. Tal vez muchas de sus alucinaciones —no solo literarias— tuvieran que ver con la enfermedad que se iba incubando. Como testimonio de una

doble personalidad es interesante mencionar su libro *Cuentos de un loco*.

Don Juan Tenorio: el veneno del teatro

Los autores del Romanticismo solían localizar la acción de sus obras en la Edad Media o en el Siglo de Oro, para potenciar su mensaje con ecos de un prestigio literario o mítico anterior. Siguiendo esta moda la acción dramática de *Don Juan Tenorio* se sitúa en Sevilla durante el siglo xvi.

La crítica ha señalado defectos en la construcción del carácter de los protagonistas: don Juan y doña Inés, y ha observado que la marcha de los acontecimientos es demasiado frenética y, por lo tanto, poco creíble: pasan demasiadas cosas en demasiado poco tiempo. El propio autor echaba pestes contra su obra en general, aunque salvaba, eso sí, su doña Inés.

Pero cuando una obra adquiere fama entre diversas generaciones de espectadores que, incluso, se aprenden de memoria tiradas de versos, y cuando, además, durante casi siglo y medio la obra se representaba cada año el día 1 de noviembre, para celebrar el día de difuntos, por algo será.

El desafío y el juego

Los héroes románticos viven al margen de la sociedad, cuyas convenciones y reglas quebrantan sin cesar. Así le sucede al protagonista de «La canción del pirata» de José de Espronceda: por odio a la sociedad que lo reprimía, el pirata —para ser libre— elige sembrar el terror en el mar, y con un solo barco le planta cara al mundo entero, y lo más curioso es que sale victorioso en su desigual desafío:

Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés

y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.

Esta vanagloria hiperbólica es poco creíble, pero no importa; conquista todavía hoy el asombro de los lectores. Podéis pensar en Superman, en King Kong, o en cualquier héroe de la pantalla o del cómic.

A don Juan le pasa otro tanto: además de gustarle las aventuras, le gusta todavía más contárselas a alguien; y cuanta más gente se junte a su alrededor, mejor.

Para que los hechos y, sobre todo, los dichos de don Juan despierten temor y admiración entre los espectadores, Zorrilla inventa un don Juan de segunda división: don Luis Mejía; quien apuesta con él a ver quién comete mayores fechorías durante un año que se dan de plazo.

Cumplido el tiempo, se reúnen en el sitio acordado: la Hostería del Laurel.

Y ante un séquito de partidarios de uno y de otro se leen la lista de las mujeres deshonradas y de los homicidios cometidos, como si se tratara de coleccionar piezas de museo o de contabilizar las fieras cazadas en un safari. Hay que tener en cuenta que don Juan y don Luis han elegido escenarios de guerra para cometer sus canalladas; pero aun así, las acciones no dejan de ser reprobables; y sin embargo, los espectadores se entusiasman ante los desmanes referidos y quieren saber cuál es el vencedor. Suena a fanfarronada lo que uno y otro dicen tan alegremente, y, además, sabemos que esto sucede en el teatro donde, momentáneamente, quedan abolidas las leyes sociales. Dicho de otro modo: aunque don Juan y don Luis fueran efectivamente el mismo diablo, los espectadores quedarían ganados por su proceder.

¿Cómo os suena hoy este ideal de los dos oponentes?:

Por donde quiera que fui,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé,
y a las mujeres vendí.